



LA FIESTA DE SUCOT

El sentido que damos a las mitzvot recuerda, en cierto modo, al maná: aquel alimento venido del cielo que cada uno de los hijos de Israel vivía a su manera en el desierto. Los mandamientos siguen siendo los mismos, pero cada generación descubre en ellos significados que responden a sus preguntas y a sus necesidades. Esa es una de las funciones de la Torá oral: enriquecer su estudio para que los mandamientos sigan hablándole al hombre y renovando su vida.

Así ocurre con la sucá. La Torá explica su razón de ser: «Para que sepan vuestras generaciones que en cabañas hice habitar a los hijos de Israel cuando los saqué de Egipto». Pero ¿de qué cabañas se trataba?

En el Talmud, Rabí Eliézer y Rabí Akiva ofrecen dos interpretaciones. Para Rabí Eliézer, se trata de las nubes de gloria que protegían a los hijos de Israel durante su marcha por el desierto. Para Rabí Akiva, se trata de verdaderas cabañas, en las que vivían en cada etapa de su viaje. Ambas lecturas iluminan una misma historia: la fragilidad de sus condiciones de vida y la protección divina que los acompañaba.

Durante cuarenta años, los hijos de Israel vivieron lejos de casas permanentes, sin campos ni una fuente habitual de alimento, sustentados por el maná. Pese a tan duras condiciones, construyeron una vida familiar y comunitaria. Bilam, llamado a maldecir a Israel, quedó impresionado por lo que vio y declaró: «¡Qué hermosas son tus tiendas, oh Yaakov, tus moradas, oh Israel!»

La discusión entre Rabí Akiva y Rabí Eliézer pone así de manifiesto dos aspectos de la vida de Israel. La cabaña real recuerda a cada persona y a cada familia que vivía en el desierto bajo un techo provisional, sin certeza sobre el mañana. Las nubes de gloria recuerdan que, incluso en esa precariedad, todo el pueblo gozaba de la protección divina. Cada uno habitaba una cabaña frágil, mientras que la colectividad entera estaba

envuelta por una nube. Estas dos imágenes acompañan también nuestra reflexión sobre el exilio: por un lado, la inseguridad y lo provisional; por otro, la esperanza de que la Providencia no nos abandone.

El Maharal relaciona Sucot con Rosh Hashaná y Yom Kipur. La salida de Egipto tuvo lugar en Nisán; sin embargo, es en Tishrei, después de los días de arrepentimiento, cuando dejamos nuestras casas para ir a la sucá. En este gesto puede verse la aceptación voluntaria de una vida provisional, el tiempo necesario para reflexionar sobre nuestros actos. Después de haber pedido perdón, la sucá nos recuerda que también debemos cambiar de conducta. Así como Caín fue condenado a errar tras matar a su hermano Abel, esta salida del hogar puede invitarnos a mirar aquello que, en nuestra vida, pide reparación.

Y sin embargo, Sucot es una fiesta alegre. Quizá porque sabemos que dejar el hogar no es un fin en sí mismo: esta salida nos encamina hacia un regreso: hacia nosotros mismos, hacia nuestro pueblo y hacia la Tierra Prometida. Que cada sucá nos recuerde que la errancia no es nuestro destino; que fortalezca nuestra voluntad de reparar lo que conduce al exilio y de dirigir nuestros pasos hacia la tierra de la esperanza.